



© 370987 **Colección Jorge R. Acosta**. *La Comisión Técnica en Monte Negro 2-88*, Oaxaca, ca. 1937-1938  
SECRETARÍA DE CULTURA. INAH.SINAFO.FN.MX Impresión plata sobre gelatina

# Instantánea arqueológica

Ángel Iván Rivera Guzmán\*

La imagen corresponde a una de las temporadas de excavación del sitio arqueológico Monte Negro, en el municipio de Santiago Tilantongo, en la Mixteca Alta del estado de Oaxaca. Es un retrato del equipo que llevó a cabo la exploración del lugar entre los años 1937 a 1940. Los descubrimientos de Monte Negro formaron parte del gran proyecto arqueológico dirigido por el doctor Alfonso Caso en la región de la Mixteca y que incluyeron otros lugares como Yucuita y Yucuñudahui, además de Monte Albán en el valle de Oaxaca. Los resultados de tales investigaciones son clave para entender el surgimiento de las primeras comunidades urbanas de Oaxaca.<sup>1</sup>

Como Monte Negro se encuentra en la punta de una montaña, alejado de la población más próxima —Tilantongo—, Caso optó por construir un campamento. En la arqueología las temporadas de campo no serían posibles sin la existencia de un espacio para el trabajo, pero también para la habitación y el descanso del personal. La construcción, hecha con muros formados por troncos y recubierta de adobe, es parte de la arquitectura vernácula de la Mixteca Alta.

De izquierda a derecha en la fotografía, el equipo estaba formado en el año 1937 por Martín Bazán, Javier Romero, Jorge Acosta, Alfonso Caso, Esteban Avendaño, Juan Valenzuela y Armando Nicolau Quintana; sentados aparecen los hijos de Alfonso Caso, Alejandro y Andrés, acompañados de una persona no identificada. Todos tienen ropa abrigadora, pues el lugar se encuentra a más de 2 700 metros sobre el nivel del mar y durante el invierno la temperatura suele estar debajo del punto de congelación. El campamento se conserva aún en Monte Negro y sirve de bodega para los trabajos de mantenimiento y conservación del sitio arqueológico. ¡Cuántas historias conviven en un solo lugar y qué desafío para la arqueología tratar de conocerlas! Quizá estas mismas reflexiones eran hechas por nuestros antecesores de profesión, que debieron de departir animadamente a la sombra del cortijo que se ve a la izquierda de la imagen: una mesa con tazas de peltre, quizás servidas con café de olla —enduzado con canela y piloncillo, como se suele hacer en la Mixteca—. ¡Qué mejor lugar para hablar de arqueología!

<sup>1</sup> Para la documentación de este sitio, véase Jorge Acosta y Javier Romero, "Exploraciones en Monte Negro, Oaxaca. 1937-38, 1938-39 y 1939-40", en José Luis Ramírez Ramírez (comp.), Lorena Mirambell Silva (coord.), *Antologías. Serie Arqueología*, México, INAH, 1992.

\* Dirección de Registro Público de Monumentos, Zonas Arqueológicas e Históricas, INAH

Rafael García *el Ráflex* fue un explorador y fotógrafo, amante de la naturaleza, que se dedicó a realizar paseos deportivos con cierto grado de especialización; desde excursiones por las montañas nevadas con grupos de alpinistas profesionales, hasta viajes de quince horas por el interior de largas grutas subterráneas con un equipo de espeleólogos. En estas aventuras siempre lo acompañó su otra gran pasión: la fotografía. *El chaparrito*, como también se le conocía en el medio artístico, cargaba consigo un pesado equipo fotográfico: una cámara 5 x 7, placas de magnesio para varios flashes, un tripié, etcétera.

Es así que, como tantos otros fotógrafos, artistas, científicos y viajeros de su época, no pudo faltar al espectáculo que en 1943 daba el volcán Parícutín en el estado de Michoacán. Al igual que el Dr. Atl y Siqueiros, pernoctó ante esa visión del apocalipsis. En la fotografía de *el Ráflex* vemos un momento del ocaso en el que la lava desvena la montaña, un río fluorescente regurgita con luces fastuosas la materia desde el fondo de la Tierra. La erupción avienta al cielo sus vapores y cenizas, compitiendo con las nubes en la caprichosa forma de su expansión. Todo es contenido en la emoción estética del cautivador de las imágenes, el fotógrafo.

Muchos años después, en mi niñez, estuve ahí, en la población más cercana. El pueblo indígena, los niños curiosos, las mujeres vendiendo rebozos de telar de cintura de pura lana, olor a leña. Salimos a caballo hacia Parangaricutirimícuaro, la población que quedó bajo la lava. El volcán no parece imponente, pero en el lugar todo da prueba de sus fulgores pasados, todo es cenizas pardas: las calles, los charcos, los perros, los campos en los que brota rala la yerba. Y cuando llegamos a un gran muro hecho de lava petrificada, como una ola suspendida en su clamor, escalamos para alcanzar una de las visiones más extrañas de mi memoria: la torre de una iglesia que fue sumergida por la lava implacable, ésta despunta en medio de un horizonte negro de formas líquidas pero inmóviles.



Parícutín VI-20-43